

BELTRÁN DE LA CUEVA
UN SOLDADO FIEL

Rafael Sanmartín

BELTRÁN DE LA CUEVA
UN SOLDADO FIEL

ÁLTERA
EDICIONES

Primera edición: febrero de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Rafael Sanmartín

ISBN: 978-84-123963-2-4

ISBN digital: 978-84-123963-3-1

Depósito legal: M-33366-2021

Ediciones Áltera

C/Ros de Olano, 5

28002 Madrid

autores@edicionesaltera.com

www.edicionesaltera.com

Impreso en España

ÍNDICE

PRELUDIO MAÑANA DE ABRIL.....	13
I UN SOLDADO FIEL.....	21
II AÑO DE MIELES, AÑO DE COMLOT.....	59
III EL EREMITA.....	103
IV OLMEDO.....	133
V GUERRA.....	177
VI LA MAR NO ES CASTELLANA.....	189
EPÍLOGO.....	201
NOTAS.....	203

La mediocridad no reconoce nada superior
FEDOR DOSTOIEVSKI

PRELUDIO

MAÑANA DE ABRIL

La mañana había amanecido fría. Al niño le costó un poco más levantarse pese a los braseros que aún guardaban algo de calor, pero tuvo que hacer un esfuerzo. Debía estar en pie y preparado antes de que los reyes salieran de sus aposentos. Se reunirían todos en el patio principal del Palacio para salir a cumplir el rito de la cacería. Para el almuerzo ya tenían que disponer de suficientes piezas cobradas, pues se habían propuesto almorzar en parte, de la propia caza. Y todavía tendrían que llevarse una buena cantidad para donarla a la organización de beneficencia que atendía a las familias más pobres de la localidad.

Aquel día las medias eran insuficientes, convenía vestir también las calzas, o mejor aún, los pantalones, aunque el rocío caído durante la madrugada pudiera entrar al roce de la hierba y mantenerse en el pantalón después de retirarse del suelo por efecto del sol que ya en aquella fecha empezaba a caldear avanzada la mañana. Para eso mejor que un pantalón corto sería remangarlos, ya podría volver a extenderlos cuando la hierba quedara limpia y libre de la escarcha.

Se habían separado un trecho del resto de la expedición. El niño sorprendió a su señor espiando detrás de unas matas de adelfas. Sorprendido a su vez, se quiso retirar rápido, pues su deber era estar presto a la necesidad del rey, antes que a su curiosidad. Pero al retirarse perdía toda discreción posible por el

picor provocado en su piel por el roce con una ortiga. Sin poder disimular el escozor, emitió una queja, lo más discreta que podía, pero no podía ser muy discreta; el rey se volvió violento con la mano rápida en la empuñadura de su espada, se preocupó al ver que el niño se dolía.

—¡Beltrán! ¿Qué te ha pasado? ¿Te ha mordido...?

—No, majestad, estas ortigas. Alguien debería prohibirlas.

—Son plantas silvestres, mi pequeño amigo. Solo Dios tiene la facultad de crearlas y eliminarlas.

—Estaba de broma, majestad, no creo que la voluntad de Dios sea exterminarlas, porque todas las plantas nos son útiles. Podemos arrancarlas, pero vuelven a salir. El escozor es su forma de defenderse, para que nadie se le acerque —Beltrán se aliviaba untándose saliva en el tobillo.

—Ten cuidado. ¿No será malo que te restriegues los dedos?

—No, mi señor. La saliva es muy beneficiosa.

—Lo digo por el frío que hace.

—Otra cosa que debería estar prohibida.

El rey dejó escapar una sonora carcajada.

—No sé cómo tienes ganas de broma después de rozarte con una ortiga y con el frío que hace.

—Debe ser para engañar al frío, señor.

Los restantes servidores acudían al oír las voces. Los nobles y peones participantes en la cacería detuvieron un momento su actividad, pendientes del regreso del rey, de cuya ausencia nadie se había percatado.

El marqués de Villena buscaba el acercamiento al rey, pero su paje de armas no se separaba de su lado y al rey parecía agradarle la compañía del muchacho. «Debía de ser un mecanismo de compensación, dado que el rey estaba incapacitado para tener descendencia, a lo mejor pensaba adoptarlo, o lo había adoptado ya de hecho, aunque no todavía de derecho». Él era quien mejor conocía al rey, pues para algo había sido su tutor hasta la mayoría de edad; incluso después se había mantenido pendiente de él,

más que por el cariño producto de los años de roce, por el placer, casi morboso, de ver cómo se comportaba con las mujeres — para un príncipe resultaba demasiado fácil cualquier conquista— y, desde la muerte de Juan II, su padre, asimismo le preocupaba comprobar cómo se desenvolvía Enrique en las duras labores de gobierno.

Demasiado independiente, hablador, abierto a todo el mundo, escuchaba con atención, pero le gustaba tomar decisiones por sí mismo, decisiones que podían cambiar en cualquier momento, unas veces para bien, otras para mal de sus deudos. Decisiones que no siempre eran del agrado de la nobleza, convencidos de ser quienes llevaban sobre sus hombros el peso del reino, pues eran quienes estaban más cerca de la plebe y quienes sufrían los avatares de la guerra, o de las razias musulmanas por territorios fronterizos, cuyas propiedades cercanas a la frontera corrían peligro, demasiado alejadas de sus bases y por tanto más difícil de defender.

Urgía un ataque, una guerra definitiva contra el enclave nazarí. El mantenimiento de aquel reino, vecino de Castilla, estado que durante siglos había crecido hasta casi el infinito desde su primitivo enclave entre los montes y el mar, era atrevimiento, insolencia. Mejor conquistar también aquel territorio, alcanzar la mar por el sur, redondear sus posesiones con los llanos y los montes dominados por aquella mezcla, aquella amalgama de moros y cristianos que no podrían ser buenos cristianos si vivían mezclados entre una minoría de seguidores de Mahoma y dominados por ellos.

Villena se acercó al rey, apartó a Beltrán de su lado con una orden que no gustó ni al rey ni al muchacho, pero calló y obedeció por disciplina y prudencia:

—Ve donde mi familia y diles que me traigan la pieza que he reservado para su majestad.

—Muy agradecido por el detalle, marqués —hizo observar el rey una vez Beltrán marchó a cumplir el encargo—. Pero os recuerdo que Beltrán es mi paje, no el vuestro.

—Lo siento, señor. Tengo que haceros un comentario y no es lógico que vuestro paje esté con nosotros. Ya que de quien quiero hablaros es de él.

—¿Qué se os ofrece acerca de mi fiel paje?

—Nada de particular, majestad. Simplemente saber si estáis plenamente seguro de él, si creéis que podéis confiar en él, como parece que confiáis.

—Ya lleva conmigo tres años, Juan. Solo me ha dado motivos para confiar totalmente en él. Lo único que le pido a un ser humano, es que me sirva bien. Y él cumple a la perfección. Por eso lo he nombrado mi mayordomo.

—Pero es un niño. Lo habéis hecho mayordomo vuestro, maestra-sala y comendador de Uclés. A este paso pronto reunirá más títulos que el valido de...

El rey sonrió con cierta sonoridad, una risa corta, que el marqués agradeció porque eso le permitía no tener que terminar la frase.

—¿Por qué no habría de dárselos si tiene merecimientos? Premiar a quien le sirve bien es prerrogativa y deber de rey. Y al mismo tiempo es mérito también, igual que lo es castigar cuando no se cumple como es debido.

Villena guardó silencio, se pisaba el labio con los dientes, con esfuerzo para no replicar más a quien, seguramente, de forma tan sibilina, le estaba lanzando un aviso.

—Vamos, mi querido señor Pacheco, disfrutad de la cacería.

Beltrán volvía al mismo tiempo que Pacheco se alejaba. El rey le dirigió la pregunta:

—¿Por qué no te has traído el presente?

—El marqués solo me ha encargado que se lo dijera a los de su hueste. Además, os habréis dado cuenta, no era más que un pretexto para apartarme de vos.

—Eres perspicaz. Sigue así.

El marqués se acercó al grupo de mujeres, algunas se movían entre las plantas o cortaban flores silvestres de las escasas que rompían el

monocorde color verde salpicado de *beige* que llenaba las orillas del pequeño río. La infanta Isabel también estaba ligeramente apartada del grupo, sola, caminaba en círculo, en cortos paseos, parecía meditar.

Villena se hizo visible antes de dirigirse a ella.

—Mis respetos, noble dama.

—Bienvenido, marqués, ¿no participáis de la cacería? ¿Tal vez no disfrutáis con ella?

—En absoluto, doña Isabel, estoy disfrutando muchísimo, cazar es un placer para mí. Pero vos sois más importante que los venados y los jabalíes. Os he visto sola y he pensado que tal vez necesitéis algo, no sé, alguna cosa. Si tenéis frío podemos encender una hoguera, aunque vos os bastáis, con dar una cabalgada, o probar vuestra puntería con algún ciervo...

—¿Una hoguera aquí, en este pequeño paraíso? Contra el frío lo mejor es el movimiento.

—Tenéis razón. No os podéis imaginar cómo me compensa hablar con vos.

—Estaba pensando simplemente. Gracias por vuestra atención, señor marqués.

—Isabel, os tengo admiración por vuestra templanza, por vuestra valentía. Ojalá fuerais vos la heredera. ¿Qué digo? Ojalá fuerais vos misma la reina. Si así fuera este sería un reino grande.

*

Aquel día el rey estaba de mal humor. Beltrán le llevaba el calzado equivocado, en realidad el rey no le había aclarado cual quería ponerse, debía adivinarlo a tenor del resto de la vestimenta que llevaba puesta.

—¿¡Cómo puedes ser tan torpel!? ¿Crees que me voy a poner esos zapatos?

—Creí que os gustaría lucirlos con ese traje, señor.

—¡Anda, anda! Me vas a hacer que me arrepienta de no haber traído a tu hermano.

—Mi hermano es todavía más borracho que yo, señor.

Lo había dicho con tanta naturalidad que parecía creerlo, pero al mismo tiempo se le escapaba la sonrisa pícaro, con la que tantas veces se había ganado su simpatía. El rey rio de buena gana.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no es cierto. Majestad, ya sabéis que me gusta veros reír. Y ahora, por fortuna, lo he conseguido.

—Siempre lo consigues, no sé cómo te las arreglas.

—Tenéis alguna preocupación, señor, se os nota en la mirada. Si pudiera hacer algo por vos, me sentiría feliz.

—Voy a intentar hacerte feliz. Me preocupan mis nobles, siempre revoltosos, siempre maquinando acciones, golpes de mano, son conspiradores por naturaleza, nunca parecen satisfechos, es como si quisieran tener autoridad sobre su propio ser. En realidad no es como si quisieran, es que quieren tenerla. Ya hicieron sufrir a mi padre, a quien llegaron a secuestrar cuando todavía era un niño, para obligarlo a aprobar leyes que les beneficiaban a ellos, a los nobles. No me gustaría que intenten algo parecido conmigo.

—Señor, a vos nunca os podrán secuestrar. Os prometo que yo os defenderé con mi espada.

—Gracias, Beltrán, sé que me quieres.

—A falta de mi padre, vos sois el mejor padre que puedo imaginar, majestad.

—Bien, Beltrán, amigo. Continuo: pero más me preocupan mis hermanos. Alfonso es inofensivo, es débil y está enfermo y me gustaría tenerlo a mi lado. Isabel, en cambio, es ambiciosa. Aunque más ambiciosa es su madre. Pienso que Isabel solamente puede ejercer sobre ellos una influencia negativa.

—Pues traedlos con vos.

—Lo tomarían como un destierro, alejados de su madre crearían estar presos.

—Podéis hacerlo como un regalo, como un premio. El resultado de vuestro amor de hermano.

—Eres ocurrente. Prepáralo, organízales una bienvenida que los haga disfrutar.

—¿A vuestra hermana le gusta bailar?

I

UN SOLDADO FIEL

Todos los servidores de la casa, en ebullición, se movían frenéticos. Los emisarios habían avisado de la llegada de su señor aquella misma mañana y habían vuelto a partir presurosos para reunirse con él y arribar de nuevo en su escolta. Les habían facilitado caballos de refresco, los animales llegaban agotados por el esfuerzo y disponían de solo unas horas para prepararlo todo. El honor que había recaído en su hacienda era superior a sus fuerzas, hasta sus hijos tuvieron que afanarse para tener preparadas habitaciones para el rey, y qué menos, que tenerle dispuesta también una compañera de cama para aquella noche; sería una sorpresa, un regalo inesperado, no por ello menos deseado. A Su Majestad le gustaban todas, menos mal, Úbeda era una ciudad pequeña, hermosa pero pequeña y la prostitución no era una de sus especialidades; la había, como en todas partes, pero con arreglo a la población, el número de las meretrices no podía ser numeroso, aunque alguna habría con la suficiente soltura y categoría para llevarla a su humilde mansión con el fin de alegrar la noche al rey.

El hijo mayor ayudaba a cortar y acarrear troncos para poner en marcha los fogones y encender los braseros para la habitación del rey y la de sus allegados. En Sierra Morena el frío se cuele entre las sábanas, el viento helado del norte corta la piel y había que hacer confortables aquellas habitaciones, que debían mantenerse en una temperatura que no hiciera tiritar ni en el momento de cambiar-

se de ropa. Sabían que Su Majestad había adoptado algunas costumbres moriscas, eso explicaba parcialmente la aversión hacia él, hecha oposición, de una parte de la nobleza. Por lo tanto tendrían que prepararle un baño caliente y tenerlo listo para cuando llegara la comitiva, al cabo de solamente unas horas, con seguridad justamente para el momento de almorzar.

Sus hermanos menores también trabajaban para tenerlo todo a punto cuando llegara el rey, el segundo cortaba los troncos acarreados junto a su hermano mayor, y a Beltrán, el más pequeño, un niño de trece años, espigado y despierto, hubo que ir a buscarlo, entretenido como estaba, enredado en jugar a cosas de mayores con una de sus amigas de la ciudad, para que ayudara al cocinero a matar, despellejar y cortar los conejos, pollos y alguna res con que agasajar a sus invitados: el rey y su séquito. Las ollas ya hervían y los fuegos en llamas se iban convirtiendo en ascuas para los asados que se consumirían en la comida.

Habían sudado con el calor del trabajo y los fogones, la familia se retiró para asearse y cambiarse de ropa y estar a punto cuando llegara la comitiva real. Pero el rey se retrasaba. En una de las paradas en el camino, donde algunas señoras se alejaron tras los arbustos para hacer sus necesidades fisiológicas, el rey bajó del coche y se excusó:

—Un rey también tiene necesidades.

Oculto tras la maleza formada por los escasos alcornoques supervivientes de la tala y los incendios, y escondido entre zarzas y arbustos, se dedicaba a mirar a las mujeres con disimulo mal disimulado, como si en vez del rey fuera algún viajero ocasional; le divertía, más: le excitaba la visión de las carnes prietas de aquellas mujeres bien criadas mientras sus maridos simulaban no verlo; más bien soportaban el «espionaje sexual» como un mal necesario.

El rey se acercó a Beltrán para felicitarlo por su soltura y su estilo al bailar, por el respeto, la galantería, el buen hacer con que había tratado a las damas y la elegancia con que había tomado a la propia reina y la

había vuelto a poner al alcance del rey en el baile. El joven, azorado, respondió no obstante cortésmente, en su habitual estilo agradable y educado. Durante un día y medio y dos noches, la recepción, las comidas, la cacería y la cama confortable, hicieron olvidar a los miembros de la comitiva real su presencia en una casa de la baja nobleza, la casa de un simple barón de fortuna escasa que, sin embargo, había hecho el esfuerzo preciso para poner toda su hacienda a disposición de su rey y de la real comitiva que eran sus acompañantes.

Por la mañana, el rey agradecía a don Diego Fernández de la Cueva sus atenciones con la entrega de presentes; como parte de ellos, le ofrecía la opción de llevarse con él a la Corte al mayor de sus hijos. Sirviendo directamente al rey podría hacer carrera y llegar a ser alguien importante en el reino, que ya se iba configurando entre los más poderosos de la península y el rey necesitaba crear una nobleza nueva para contrarrestar el poder de los nobles tradicionales, y de la liga que estos habían formado, incluido ejército propio.

Pero don Diego tenía el deber de cuidar su hacienda.

—Os lo ruego, mi señor, no me pidáis eso.

—¿Por qué no? Quiero distinguir a vuestro hijo y con él, a vos mismo, a la familia Fernández de la Cueva. En la Corte vuestro hijo aprenderá a tratar con la nobleza, y ascenderá, cobrará importancia. Puede llegar a ser una persona importante que elevará la posición de vuestra hacienda.

—Señor es que... lo necesito aquí. Él es alma de esta casa humilde que estáis conociendo. Sin él, me será imposible mantenerla. Os pediría, por favor, que me comprendáis. Si queréis, podéis llevaros al pequeño. Es voluntarioso, trabajador, ocurrente... ya lo habéis visto en la recepción y al servirlos. Él ha querido ser quien os atendiera personalmente, él ha considerado un deber servir a su rey.

—Y muy bien lo ha servido. Es cierto, es un muchacho de trato agradable, parece inteligente. Y muy dispuesto.

El rey se levantó de su asiento, colocó las manos sobre la mesa, se estiró, parecía refrendar con el gesto el enfado que le llevaba a

maldecir el momento en que su padre favoreciera a un Téllez-Girón¹ con el título de marqués. Merecía degradarlo, quitarle la villa de Villena y todas sus posesiones.

—¿Qué querrá Juan Pacheco?

Con sumo cuidado un criado le colocó delante una taza de caldo humeante. Beltrán, solícito, tomó una botella de vino de pasas, importado de la vecina Granada, de la uva cultivada en los montes de Málaga. Mezcló un chorreón en el caldo para añadir reconstituyente. Al tiempo que rebajaba algo la alta temperatura del caldo, le aportaba sabor y suavidad.

—Majestad, no sé si esto os bajará la fiebre. Pero al menos os permitiré dormir.

Eran palabras dichas en tono jocoso y sereno por Beltrán, mientras le servía el vino. Aquella simple frase actuó como sedante. El rey la celebró con una risa sonora antes de tomarse el caldo y levantarse de su asiento. Beltrán hizo ademán de retirar la taza.

—Deja eso, ya lo retirará el servicio. Ayúdame, voy a descansar a ver si se me pasa el resfriado. Encárgate tú de despachar a Villena.

—No os preocupéis, majestad. Los resfriados veraniegos son los más molestos, pero pasan pronto.

El palacio del marqués, custodiado por varios soldados con su uniforme, algo especial, no parecían ser uniformes de combate, sus colores vivos, con solo una ligera coraza daban cierta impresión de lujo, algo así como jactancia o fatuidad. Tanta que ni la credencial parecía ser suficiente para permitirle mantener la entrevista con el señor de la casa, don Juan Pacheco, marqués de Villena.

—El señor marqués os ordena que le dejéis el mensaje que traigáis.

—No traigo mensaje. El rey me ha ordenado hablar con el marqués y, que yo sepa, mi deber es obedecer las órdenes del rey antes que ninguna otra.